

# EL SACERDOTE QUE ME ENSEÑO A VER CON LOS OJOS DEL CORAZON

Un domingo regresaba de cumplir la promesa de volver a misa nuevamente. Creía que ahora Dios me tenía entre ojos y comenzaba a ajustarme cuentas. Me preguntaba por qué era tan importante para él que nos acercáramos una hora a la semana, mientras los otros días estábamos solos, sin su presencia. ¿Por qué se encontraba tan lejos si nos había creado? ¿Por qué nos pedía que le escucháramos y no hablaba? ¿Por qué debíamos guiarnos por una lista de mandamientos con tan pocas posibilidades de equivocarnos? La imagen que tenía era la de un creador castigador, perseguidor y nada claro. Subí por la calle 72 después de haber cumplido mi promesa. Vi muchos carros estacionados. Sentí curiosidad y entré a la capilla de la Enseñanza. El

sacerdote se encontraba hablando. Tenía los brazos tan abiertos que daba la impresión de querer abrazar a todos los fieles que estaban a su alrededor. Hablaba de un Señor que ama a través del corazón del hombre, de un hombre que es instrumento de ese amor y al que se le pide ser transparencia de ese Dios. Pedía que fuéramos el campo, la tierra, para permitir que El fuera el árbol. Marino nos invitaba, no a imitar a Jesús, sino a ser nosotros mismos y, partiendo de esa realidad, dejar que El fuera nuestro motor. No hablaba de grandes tratados teológicos para ir a la oración, sólo pedía que nos dejáramos llenar de su presencia, saber morir un poco para vivir con mayúsculas. Después de ese domingo vinieron muchos otros, no pude volver a oír la misa, Marino me había enseñado a vivirla. Al final de la Eucaristía siempre salía a la puerta de su iglesia a compartir ese maravilloso momento con la comunidad. Nos hizo amigos, familia. Permitió que los niños caminaran libremente por los lugares sa-

grados. Dejó que ellos participaran de la misa y sintieran que esa era la casa del Señor, el lugar de la alegría en el cual su presencia hacía que Dios riera con nosotros.

Marino quiso que su comunidad diera un salto y saliera a compartir con los otros su vivencia de fe y amor. Por esta razón fue con ella al barrio Jerusalén. Durante siete años vivimos allí momentos difíciles pero también de una gran alegría.

Hoy en Jerusalén y en la comunidad de la Enseñanza sabemos que Marino debía partir para reconquistarlo de otra forma, para vivir su presencia en el Espíritu, ese lugar donde sólo podemos ver con los ojos del corazón. Sentimos que vive en nuestras nostalgias, nostalgia es esa presencia en la ausencia, como lo dijo en una de sus últimas homilias ♦

María Angela Payán de Carrillo

*Amiga cercana del Padre Troncoso; además, su colaboradora en las actividades de pastoral social. Actualmente asiste a cursos de la carrera de Literatura.*